



APARTADO 628.
CARACAS

Revista Venezolana de Orientación

AÑO 23 - No. 222
FEBRERO 1960

Enero ha venido preñado de violencia. Llegamos a temer que, con ligereza suicida, estemos incubando una tormenta. Quien haya aprendido a leer las lecciones de la Historia, debería detenerse hoy a estudiar las fuentes germinales de esa tormenta. Nosotros vamos a señalar dos: la insinceridad política y la violencia de los extremismos de derecha e izquierda.

INSINCERIDAD POLITICA

Hablar de sinceridad política podría calificarse de paradoja y paradoja ingenua.

El noble sustantivo política—en su origen griego “la ciencia de gobernar la polis, la ciudad”—y el adjetivo político han adquirido en nuestro argot popular, con incorporación al diccionario académico, el significado figurado y peyorativo de habilidad y viveza, incluso de arte sutil de engaño y simulación.

Sin embargo Venezuela, que en un alborar esperanzador de vida democrática, padece manifiesta exacerbación del afán político, creía—con ingenuidad o sin ella—en la sinceridad política. En el segundo aniversario del 23 de Enero nos conmueve el recuerdo del pueblo caraqueño, que derrocaba con un gesto heroico y sangriento la dictadura, sinceramente convencido de un futuro inmediato de libertad política y prosperidad económica.

¿Era una ilusión?

La pregunta responde a un hecho doloroso. Uno de los fenómenos más palpables del momento presente en los sectores populares es la desilusión, el desencanto de la política y de los políticos, que abarca, aunque no en igual escala, a todos los partidos.

Esta desilusión puede ser fatal para nuestro ensayo democrático y ello justifica este comentario editorial.

A la inquietante pregunta: ¿Era una ilusión? habría que responder tal vez que no era una ilusión, pero que había en muchos un exceso de esperanza.

Nadie, excepción hecha de los ingenuos de profesión, tenía por qué esperar sinceridad política del partido Comunista. Consecuentes con la doctrina de Lenin: mentir por bien del Estado o por bien del partido no es inmoral, los comunistas mienten siempre que el decoro propagandístico lo consiente. Hablan pomposamente de democracia, cuando son esencialmente totalitarios; de interés patriótico cuando son militantemente apátridas; de paz, cuando masacran a Hungría, invaden el Tíbet y asaltan las fronteras de la India; de imperialismo, cuando desencadenan la más desatentada carrera para ilusionar a los países subdesarro-

INCUBANDO

UNA TORMENTA

llados; de colonialismo, mientras sostienen tanques, policía y columnas de guerra en las fronteras y aun en los propios Estados Satélites. Muy natural que Venezuela no crea ni en sus prédicas de unidad, ni en sus ostentosos alardes antigolpistas, ni en su brazo tendido, ni en sus abrazos de oso. Si ayer Stalin era un semi-Dios, número tutelar de las masas proletarias, y hoy es calificado por los comunistas de tirano personalista, nadie sabe lo que es verdad y es mentira en el comunismo, en la Rusia soviética o en la China popular. La verdad para los comunistas es lo que momentáneamente conviene al partido.

Pero sí resulta lamentable que la masa vaya perdiendo la fe en los partidos democráticos de la coalición. Había tal contundencia en las promesas del candidato presidencial Rómulo Betancourt; tal nobleza en el gesto abierto y sonriente de Rafael Caldera; tal sencillez en la actitud criollísima y paternalista de Larrzábal, que el pueblo pudo soñar en una era fecunda de sinceridad y eficiencia política.

El pacto de Punto Fijo y el compromiso de un gobierno de coalición sellado por los tres candidatos en la víspera de las elecciones presidenciales vinieron a confirmar estas esperanzas.

El hecho mismo del gobierno de coalición, realizado por Betancourt, ha sido ejemplar. AD, triunfador incontestable, cedía al acostumbrado monopolio de las prebendas gubernamentales; COPEI cedía a la brillante oportunidad de la oposición que lo hizo prematuramente adulto en el trienio 45-48. URD cedía la ventaja de la indiscutible mayoría alcanzada en los Estados Centrales, en el corazón mismo de la República.

Pero sin duda había su dosis de ilusión en las esperanzas cifradas en los partidos políticos de la coalición. Se prometió y sigue prometiéndose sin cautela. Todos los activistas de partido se creen en el derecho de ser premiados con puestos oficiales o privilegios de repercusión económica. Particularmente en las muchas víctimas de la dictadura se advierte un afán agresivo de desquite y desquite económico bajo la protección del Estado. Y por más rica que sea Venezuela se siente cada día más ineficaz para sostener una inmensa colmena de zánganos. La creciente proliferación burocrática tiene su explicación en este lamentable fenómeno.

Por otra parte hechos alarmantes hacen dudar de la sinceridad de algunas promesas solemnes. Se proclama la eliminación de los comunistas de toda actividad de carácter político oficial y se los tolera en puestos claves de todos conocidos y particularmente conocidos por los hombres de gobierno: en la educación, en el Instituto Agrario Nacional y en otros muchos institutos y oficinas ministeriales. Los comunistas, cínicamente, lloran y maman a la vez. Se persigue el peculado de la dictadura: ¿podrían garantizarnos que ha terminado el peculado? Se prometen garantías de orden, y la policía no se siente respaldada para actuar con firmeza. Se habla contra el manguareo; pero no se quiere perder la batalla demagógica frente a los comunistas y se fomenta la flojera casi oficialmente con enfermiza y blandengue tolerancia.

Sectores muy vastos de COPEI recalcan contra la colaboración con hombres y métodos alejados del criterio cristiano de la vida. Y sobre todo reclaman airadamente contra el ventajismo de AD en la vida administrativa del Interior.

URD repite las mismas quejas y se siente peligrosamente incitado por el Partido Comunista hacia la demagogia; sobre todo a lanzar a las masas del denso núcleo central de la República a manifestaciones callejeras, a reclamos imposibles y a perturbaciones del orden público.

AD controla con dificultad los ímpetus extremistas de su ala rosada, multiplica los puestos burocráticos, halaga y contiene a las masas obreras, ataca y se alía alternativamente con los comunistas en un difícil y peligroso juego de equilibrio político.

¿Hay sinceridad política? Se pregunta a URD: ¿Está con la colaboración o en oposición al Gobierno? Responde URD: ¿Se nos concede o no se nos concede un trato sincero de igualdad?

¿Quién es el insincero? ¿Sólo URD? o es que la política es el reino sinuoso de la mentira hábil y oportuna.

Si a este discreteo estéril de los partidos políticos se suma una alarmante ineficacia en el manejo de los fondos públicos, nadie se extraña de que lo mejor de la masa venezolana muestre desilusión de la política partidista, lo que abre un precipicio directo hacia la dictadura.

LA VERDAD SOBRE EL TERRORISMO

De este desencanto de la política partidista se nutre la oposición.

En primer término cada uno de los partidos de la coalición tiene su grupo interno de oposición más o menos dominado por los altos comandos.

Pero en franca oposición se hallan otros dos sectores: los extremistas de derecha y los extremistas de izquierda. "Los extremos se tocan", como sucedió con Hitler y Stalin. Los que sueñan en una dictadura militar a lo Pérez Jiménez y los que aspiran a una dictadura del proletariado como la de Rusia. Ambos tienden al totalitarismo, a los métodos drásticos, al ejecutivismo, sin las trabas consultivas de la democracia. Ambos irrespetan la dignidad de la persona humana, y ponen énfasis en los éxitos—indiscutibles tanto en Rusia como en la Venezuela de Pérez Jiménez—de orden material.

Ante los recientes hechos de terrorismo cualquier avisado observador debe preguntarse: ¿A quién interesa?

Por igual a estos dos sectores:

A los extremistas de derecha, que quieren demostrar que el gobierno democrático no garantiza el orden y la tranquilidad pública, base necesaria para el progreso económico y social. Así lo dicen las radios clandestinas. Con una secuela lógica: que las Fuerzas Armadas tomen las riendas del Estado y garanticen la paz social.

Y a los extremistas de izquierda: a los comunistas. No sólo porque se los haya sorprendido con las bombas en la mano, sino porque sienten una comezón irreprimible de golpe. Desean el golpe; necesitan el golpe. "El golpe llega; se está incubando la conspiración", repiten sin cesar y se advierte un regodeo en la noticia. Y añaden: "Pero no vencerán. Estamos en pie de guerra; estamos armados. No vencerán. Lanzaremos las masas a la calle; y si el ejército nos barrera de la calle, iríamos a la montaña: la lección de Fidel Castro".

Los comunistas—llorando y mamando—son los segundos interesados en la conspiración.

Esta es la verdad del terrorismo, del golpe y de la conspiración.

Y entre los debates y discreteos estériles de los partidos y la violencia táctica de los extremistas, la noble y rica Venezuela asiste a la incubación de una tormenta con proyecciones de tragedia, cuando debiera enrumbarse a la explotación pacífica y fecunda de los tesoros que con mano generosa le deparó la Providencia.

M. A. E.

LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA:—El deber de presencia en el mundo que nos incumbe ahora a los católicos, más que nunca, no quiere decir que poseamos una solución totalmente hecha para todos los problemas del tiempo, ni tampoco que seamos capaces de resolver completamente esos problemas. Este deber de presencia es un deber de colaboración con todos los hombres de buena voluntad, creyentes e incrédulos. La fe cristiana no nos confiere ningún diploma de capacidad, ninguna competencia particular en las cosas temporales. En este terreno debemos estudiar y trabajar como todo el mundo y con todo el mundo. Lo que se denomina "la doctrina social de la Iglesia" no es una caja mágica que contiene la solución de los grandes problemas económicos, demográficos, nacionales e internacionales de nuestro siglo, sino más bien lo que se podría llamar una "ética social". Lo que caracteriza a esta ética social es la preocupación de la persona humana y de todos los valores necesarios para que el reconocimiento de la persona humana sea auténtico y eficaz: un respeto sagrado de la vida y de la muerte, la afirmación de la igualdad radical de todos los hombres, el amor de la veracidad, una concepción extremadamente elevada de la libertad... La expresión "doctrina social de la Iglesia" es una expresión ambigua, sobre todo para los no cristianos que no están habituados al vocabulario cristiano. Interpretarla como una técnica de la sociedad o aun como el proyecto de un "Estado Cristiano" o de un "orden internacional cristiano" es disimular su verdadero sentido y disminuir considerablemente su alcance universal. Repensar para nuestro tiempo las relaciones de lo temporal y de la fe es de una importancia urgente para que el encuentro del universalismo cristiano y del universalismo humano produzca todos sus frutos tanto para bien de la fe cuanto para el bien del humanismo de mañana. (A. Dondeyne en "CRITERIO", Argentina, 10, Sep. de 1959).